

1993-01

Marco cultural: del objetivismo moderno hacia la subjetividad democrática

Análisis Plural

Análisis Plural. (1993). "Marco cultural: del objetivismo moderno hacia la subjetividad democrática". En Análisis Plural, 1992. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/989>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

CAPITULO I

MARCO CULTURAL: DEL OBJETIVISMO MODERNO HACIA LA SUBJETIVIDAD DEMOCRATICA

En anteriores análisis hemos destacado ya algunos aspectos del nuevo panorama cultural. Nos hemos referido a la gigantesca escalada del neoliberalismo (1991) y a su distanciamiento creciente ante la cultura del pueblo, en medio de una revolución tecnológica cada vez más sofisticada y dependiente del exterior (1992-1). Hemos mencionado también la ruptura del antiguo mito que había puesto de cabeza al hombre en el escenario mundial, tan tecnologizado. El rechazo del mito se enuncia ahora: no son las estructuras -el Estado o la producción- las que salvan al hombre sino el hombre el que salva las estructuras (1992-1).

La situación sigue aclarándose. En este tiempo ya se atisba que la crisis actual apunta al comienzo de la declinación de la modernidad objetivizante y fragmentaria, y al incipiente surgimiento de la cultura de la subjetividad donde libre y creativamente las personas empiezan a derribar las barreras de las ideologías absolutizantes tanto del socialismo real como del neoliberalismo.

El presente marco cultural ayuda a establecer una matizada y radical distinción entre la modernidad objetivizante y la nueva exigencia de que la subjetividad sea prioritaria. En consecuencia, este apartado pretende sobre todo llamar la atención de los lectores e impulsarlos a apurar hasta su raíz el análisis de los sucesos más significativos *del primer semestre*, a fin de discernir qué es lo que mueve el conjunto de los cambios más concretos y constatables. En otras palabras, queremos respondernos a estas preguntas: ¿cómo se aclaran mejor la globalización de la economía, con el TLC, la crisis social de la clase trabajadora, la crisis moral de los derechos humanos, los cambios constitucionales, la concertación política, el cabildeo cupular de los partidos y las iglesias: en el trasfondo de un potente objetivismo economicista, o en el de una creciente subjetividad, manifestada en un espíritu democrático y en una cultura respetuosa de los sujetos?

El simple planteamiento ayuda a aclarar el significado y las profundidades de los cambios que se están dando, como en el caso de la Iglesia católica, que después de más de un siglo de oposición tenaz al liberalismo, empieza a concertar con él, precisamente cuando esta vieja doctrina ya ha salido de la palestra mundial donde compiten las ideologías. ¿Será que le resulta mejor a la Iglesia negociar con un pasado tardío que con la novedad del presente?

En este cambio histórico, del objetivismo a la subjetividad, es importante precisar una categoría subyacente al dominio de la técnica, la sacralización, como el fenómeno social que consiste en darles un significado trascendente y con tinte de absoluto, como en un contexto de experiencia religiosa, a algunas afirmaciones o valores simplemente humanos, pero que se imponen en la sociedad como si fueran la fuerza de lo divino, y que se convierten en último referente y censor de lo que es bueno o malo. El sagrado absoluto obstaculiza y se opone, sin más, al flujo creador de los hombres. No se deja cuestionar ni relativizar. Cada sociedad y época, al igual que cada individuo, tiene sus propias sacralizaciones, que censuran e impiden su crecimiento. Así, en la modernidad, el nuevo sagrado ha sido el trabajo eficaz en la lucha contra la naturaleza.

Si se quiere entender el cambio presente en términos sociológicos de lo sagrado, habría que decir que se vivió un sagrado de trabajo eficaz, que se fue apurando y angostando como pura producción, sin otro control que el crecimiento del capital. Ahora viene la reacción como reivindicación de la subjetividad. Podrá convertirse ésta en otro sagrado absolutista que corte con todo progreso técnico y busque la realización social en una involución hacia la vida de las cavernas. Pero podrá ser también una nueva perspectiva que se afirme como elemento que se une a la técnica profana para integrar dialécticamente la realización del hombre y de la sociedad. Así esperamos que ha de desdoblarse el futuro de la humanidad.

El simple manejo de algunos conceptos éticos o sociológicos puede resultar en una calificación o descalificación política. No se vale, por ejemplo, establecer en torno a ciertos puntos, como la democracia, posturas "buenas" o "malas", con etiquetas calificativas como éstas: los nuevos reaccionarios, los neoliberales, y el liberalismo social. Aun en esto se da un pluralismo babélico.

Aquí se pretende evitar a toda costa esta descalificación.

El liberalismo se entiende como la doctrina sobre el individuo que empezó a difundirse a fines del siglo XVIII, y que sostenía los derechos del individuo sobre las sacralizaciones religiosas o políticas. Su principal afirmación positiva radica en la creatividad del individuo y su libre juego en la sociedad y el mercado. El capitalismo como modo de producción y de organización social se ha desarrollado siempre dentro del ambiente liberal.

El neoliberalismo aparece inmediatamente antes de la segunda guerra mundial y se refuerza, sobre todo, en los gobiernos de R. Reagan y M. Thatcher. Consiste en adjuntar protección legal a una propiedad privada cada vez más soberana y mundial. Hay que ayudar a las víctimas de la sociedad pero sin tocar el mecanismo del crecimiento capitalista. A este nuevo estilo se le llama neocapitalismo. Algunos autores llaman "neoconservadurismo" a la simbiosis de religión y política, para servir a este nuevo modo de producción con técnicas muy refinadas. (cfr. Mardones J.M. Capitalismo y Religión, Sal Terrae).

La postmodernidad se entiende en dos formas: peyorativa, como la melancolía por la legitimidad perdida de la modernidad, verdadera o no, como el desencanto de la razón; y positiva, la despedida de la ilustración y de la modernidad, entendidas por su confianza en la razón plural, y principalmente en la lógica, independiente de la metafísica y errática por "senderos del bosque" sin acceso a la verdad. La postmodernidad quiere sustraerse a su lógica de desarrollo e imponer una profunda crítica respecto del pensamiento occidental.

Para presentar mejor, en este marco de referencia cultural, el momento actual como la vuelta a la subjetividad creadora desde las sacralizaciones anteriores, conviene ver cuáles han sido las sacralizaciones en los momentos antecedentes. Para claridad se sigue este orden:

- 1- De la sacralización patrimonial a la secular.
- 2- La sacralización capitalista pluriforme: proceso central de acumulación de capital.
- 3- La sacralización neocapitalista, producto del ilimitado proceso de acumulación de capital -objetivismo-, en utilitarismo y diferencia, hasta la fragmentación de la subjetividad humana.

- 4- Recuperación de la subjetividad: Apertura a la crítica y recuperación de realidad y racionalidad, de ética integral y de política radical. ¿Qué clase de sistema social debe remplazar a los capitalismos?

1.- DE LA SACRALIZACION PATRIMONIAL A LA SECULAR

La legitimidad del Estado y de la vida social, política y cultural, en tiempos modernos ya no se hizo desde la religión ni desde el patrimonio (cultural y económico) ni desde la tradición (religio et regio), autoritarios, sino desde el arbitrio de los individuos, plural y secular. Maquiavelo, en ese contexto, desprende a la política de la ética y la teología, y le atribuye un orden autónomo, una específica legalidad y bienestar común. La élite política se desengancha de la base. Pero esos desprendimientos trajeron una funesta consecuencia aún más amplia: los medios se separaron de sus fines, la eficacia se separó de su última razón y sustancia. Los medios eficaces se hicieron completamente autónomos y constituyeron el nuevo sagrado.

Pero la esfera política fue y sigue siendo una de las más resistentes a este proceso de secularización (desacralización). Sufre todavía rezagos o parálisis extraordinarios. Tiene dificultad en abandonar el paradigma de la sociedad antigua, caracterizada por poseer un código moral uniforme y tutelado por la autoridad religiosa.

En México, la sacralización presidencialista sigue campeante en la política. La figura del Papa se entiende en forma análoga. Por eso se piensa que porque las relaciones diplomáticas entre ambos Estados han sido firmadas por las supremas autoridades, se ha logrado un gran avance social, aunque haya sido muy escasa la participación del pueblo.

La sacralización política mexicana sufrió un cambio con la Independencia: dejó de ser peninsular y se hizo autónoma. Cambió hacia una ideología liberal clásica, por oposición a los conservadores. Pero permaneció el autoritarismo. El liberalismo librepensador y elitista trajo una doble ruptura: con la religión y con la cultura popular. Con ésta se reconcilió mientras permaneció el espíritu de la Revolución mexicana. Su posición ideológica frente a la religión se mantiene hasta el presente, a pesar de la negociación diplomática.

La razón moderna del liberalismo mexicano significó un avance sobre el pensamiento tradicional, pero luego se convirtió en desventaja por su estrechez de miras y su tendencia absolutista, heredada del Patronato Regio de los borbones.

La Iglesia, por su parte, vivió el patrimonio teológico e ideológico de sujeción a la Colonia. Siguió añorando los privilegios y el poder, aunque se opuso, en nombre de la libertad y el derecho, al nuevo absolutismo del liberalismo.

Hasta el presente, la sacralización política, en México, se resiste a secularizarse. El Partido oficial es la corporación política que forma la columna vertebral del régimen político, con una inquebrantable y sagrada disciplina ante el poder. Dos han sido sus armas políticas: la cercanía intuitiva, aunque no solidaria, a la escasa socialidad del pueblo, y la corrupción de la democracia, que impide sistemáticamente todo crecimiento del tejido social que amenace al poder corporativo. Ha sido importante en su favor, el argumento de garantizar estabilidad y equilibrio duraderos, que posibiliten el desarrollo. La política premoderna no ha evolucionado adecuadamente, se ha mantenido en simbiosis con la modernidad presente, porque la sacralización del poder se ha negociado al precio del bien común, de la razón y de los valores. Esta conflictividad irá en aumento en la época que comienza a venir, donde se retoma la política no sólo como un arte sino como una disciplina moral e histórica.

El verticalismo jerárquico del México político resulta ya negativo tanto para el Gobierno como para el PRI tradicionales y alienta, por contraste, las formas de una acción política más técnica, más desconcentrada y horizontal, más local y participativa. Es verdad: el PRI tiene que ser refundado. Pero, ¿sus resabios sagrados le permitirán entrar en la modernidad?

2.- LA SACRALIZACION CAPITALISTA PLURIFORME

Cuando apareció el capitalismo liberal, la pregunta por la política ya se había transformado: no se cuestionaba más, debido al cambio de Maquiavelo, si las medidas tomadas estaban ordenadas a la finalidad del bien común.

Este reduccionismo fue fuertemente impulsado por el crecimiento cada vez más acelerado del capital, que cruzó fronteras y se convirtió en principal vehículo de la expansión moderna.

Se invirtieron los papeles: ya no fue el Estado el que controló al capital, sino el capital fue el que asumió al Estado como su herramienta política principal, en un nuevo pragmatismo. La complicación de aparatos burocráticos generaron sus propios e independientes intereses y se distanciaron de los intereses del cuerpo social. Porque el capitalismo versa siempre sobre el crecimiento constante y desmedido, sin considerar los atropellos a la naturaleza y a la sociedad. Es conflictivo y lleva a la crisis. Genera inseguridad.

Se trata, pues, de la rectoría de un Estado que fue perdiendo lentamente su soberanía, para sujetarse más al capitalismo internacional.

Con la instalación del liberalismo fue inevitable la transformación de México en el sentido de la apertura y la modernización. La razón liberal se hizo cada vez más economicista, hasta optar por la prioridad del cambio económico liberal.

Pero todavía no se aceptan las consecuencias políticas de este cambio a la modernidad, de parte de las principales fuerzas políticas y sociales. La Revolución rescató la cultura popular, pero dio mayor rigor tanto a la sacralización política, al fundar el Partido oficial, como a la ruptura con la Iglesia.

La Iglesia mantuvo su fidelidad conservadora y opuesta al liberalismo moderno. En el siglo pasado no aceptó sujetarse a un patronato nacional, sobre todo por motivos políticos e ideológicos. Políticos, porque mantenía su fidelidad al patronato español. Ideológicos, porque se opuso a la ideología liberal, que en aquel tiempo le quitó, juntamente con sus privilegios, sus derechos fundamentales, y le cuestionaba muy fuertemente la exclusividad de su poder moral. Aun hoy, sigue manteniendo una resistencia a perder la fuerza clerical de la cristiandad. Por ellos, sin excluir otras causas positivas, se opuso a la ideología liberal y ahora pacta con el liberalismo. Le atemoriza menos que el nuevo liberalismo o que la incertidumbre del porvenir. Es la mentalidad vuelta al pasado, que todavía se oculta detrás de propuestas como la de Mons. Schulenburg, de fundar un partido católico, o como la de aceptar someterse indebidamente a la Secretaría de Gobernación, en las nuevas relaciones, con tal de no verse a la deriva en el presente.

3. LA SACRALIZACION NEOCAPITALISTA PLURIFORME E ILIMITADA

Se caracteriza principalmente el neoliberalismo por la política de despejar toda dificultad, impedimento e, incluso, demora, que puedan frenar el crecimiento ilimitado del capital y de la técnica. El antiguo capitalismo negociaba con las exigencias de democracia. El nuevo no pierde tiempo en negociaciones, elude las dificultades y se convierte en legitimador de una democracia "sui generis".

Sería un error tomar en cuenta solamente los aspectos negativos de este nuevo capitalismo. Hay que empezar por mirar primero toda su positividad, a fin de destacar sus aspectos negativos, para poder, finalmente, hacer una evaluación ponderada.

La cosmovisión y la práctica liberales desencadenaron en muchos mexicanos el talante secular. La secularidad se entiende como la autonomía de los factores y valores de esta nueva sociedad, frente a la sacralización de las religiones, de las filosofías y de las ideologías, particularmente las políticas.

La nueva concepción del hombre secular reconfigura toda la existencia y aun las maneras de comprenderla y vivirla. Tiene ventajas muy positivas: el respeto y la tolerancia, la indiscriminación de los hombres por motivos religiosos o filosóficos; la defensa de las libertades frente a los poderes, incluso religiosos, contrarios a los derechos humanos; el deseo de una fraternidad universal y de un reconocimiento mutuo más allá de la pertenencia religiosa. La secularización ya no implica antirreligiosidad, aunque en nuestra patria todavía no se impone sobre los resabios liberales antirreligiosos. La secularización libera a la sociedad y a las conciencias del dominio inmediato por parte de los poderes religiosos, y abre un espacio más amplio de autonomía y libertad, incluso sobre el plano religioso. La sociedad secularizada es una sociedad de deliberación, de debate, de derecho a la singularidad, donde la fe aparece y permanece como posible, pero en condiciones de reflexión libre, de decisión, adhesión y consentimiento personales y no como transmisión automática, mecánica y casi obligatoria del patrimonio cultural.

El valor del mundo que nos ofrece la modernidad actual radica en todos los bienes y servicios que cada día aumentan y se ponen a disposición

ANALISIS 1992

de los hombres. Renunciar a la modernidad significaría perder muchas cosas como las que se acaban de mencionar.

Todos estos valores y servicios habrán de afirmarse para una mayor justicia social y libertad en democracia, pero nunca en su contra.

Se están dando ya pasos tímidos para un cambio a profundidad: de una ciencia sin moral, a una ciencia más consciente de sus responsabilidades morales; de una tecnocracia que aplasta al hombre, a una tecnología al servicio de la humanidad; de una industria destructora del contorno, a una industria que sabe que tiene que respetar la naturaleza; de una democracia vivida o planteada en los límites de una nación, a exigencias democráticas para todos los hombres.

Pero todo eso no está hecho, ni nunca estará hecho de una vez por todas. Ser hombres juntos es hacerse hombres juntos: se trata de la responsabilidad de los hombres de hoy en relación a su propio porvenir.

Veamos ahora las actitudes más deshumanizantes del nuevo capitalismo:

- Economía concentrada y dispar, destructiva y sometida. Frenética búsqueda de nuevos productos, de tecnologías, de modelos de vida y de nuevas artimañas culturales en servicio de la utilidad. La internacionalización de la economía pone en entredicho la idea misma de la soberanía de los estados, ya que en tales asociaciones regionales y continentales parecen modificarse y doblegarse las notas esenciales de la soberanía.
- Política manipulada, masiva, en tensión con la sociedad. La política voluntarista ya no se somete a normas. Con menor número de contrapesos legales y de poder se desbrida en los abusos de las personas.
- Inoperancia de la ley, cuando por las circunstancias impida el crecimiento del capital.
- Discurso político casi exclusivamente justificatorio de lo inmediato. Tendencia a un pragmatismo, incluso nihilista, incapaz de reconocer el marco histórico de valores, aspiraciones y exigencias

de una sociedad más personalizante. Corrupción, desprestigio e ineficacia de la clase política tradicional, que se desarticula del pasado y de la sociedad presente y niega sus propias eficacias y objetivos inmediatos, ya que su conducción es efímera. El desarrollo absolutista del capitalismo significa, al límite, la negación de la democracia y del propio sistema de las libertades.

- En los días que corren, la idea del Estado-nación sufre "asaltos" contradictorios desde diferentes ángulos. Primero, las fuerzas de la globalización de la economía rompen el cerco estrecho de los Estados y avanzan, a un grado antes impensable, hacia la integración económica y eventualmente política de las naciones. Otro factor radica en la universalización de los medios de comunicación de masas que difunden valores, modos de vida, estilos y creencias, por encima de los límites nacionales.

Es importante caer en la cuenta, ante esta descripción, que la vida social tiene componentes históricos que no se miden por el beneficio inmediato o por el costo. Esta crisis está marcada, en la civilización contemporánea, por la separación entre el proceder "técnico" y la capacidad para decidir en función de estimaciones y valores.

Pero sólo la acción política es digna de legitimidad, si persigue la realización de valores. La acción técnica sólo aspira a la eficacia. En un gobierno tecnocrático, los técnicos toman las decisiones últimas y los políticos quedan subordinados. El problema es que en la toma de decisiones no se elimina jamás por completo la opción o apreciación de los valores. En la tecnocracia, los tecnócratas hacen creer que actúan y deciden exclusivamente conforme a la lógica de la realidad, pero, en verdad, se oculta la realidad o se actúa abiertamente en función de una ideología precisa.

En México, un punto de discusión es el grado o límite del adelgazamiento del Estado o, más oficialmente, el paso de un Estado más productor a un Estado más rector, y el de la transferencia de responsabilidad al sector privado de producción. Por otra parte, la democratización de México no avanza a la par de su modernización económica y social, y prácticamente lo único que refleja son las modas, los estilos y los valores de la sociedad de consumo.

La sacralización del poder se refuerza por su apertura al neoliberalismo. Es positiva la presencia de México en el nuevo mundo de la técnica y

de la globalización. Sin embargo, no ha habido un cambio de fondo en la mentalidad.

Siguen manteniéndose las dos rupturas del liberalismo, tan sabiamente señaladas por Octavio Paz: con la religión y con la cultura popular, aunque bajo un estilo diplomático, concertador y sutil. Con la Iglesia siguen manteniéndose relaciones que la subordinan, aunque se hayan cambiado los Artículos constitucionales y establecido relaciones diplomáticas con el Vaticano. Con el pueblo, los programas populistas de solidaridad tratan de equilibrar un poco el desajuste social del modelo neoliberal económico adoptado.

El Gobierno requiere además, en el tiempo presente, de un doble discurso: presentar al primer mundo, EEUU. principalmente, un proceder alejado de cualquier roce con el capital internacional; por otro lado, defender los principios tradicionales de la política exterior de México.

La Iglesia sí sufre doble cambio y muy profundo: se pliega ante el liberalismo, después de más de un siglo de abierta lucha, y padece una ruptura consigo misma. Detrás de un tema menor, cantado en tono mayor, se esconde un cambio mayor, no verbalizado ni siquiera como tema menor.

Es interesante ver cómo, ante el actual régimen de gobierno mexicano, tanto un partido político como el PAN, como una Iglesia, la católica, padecen de una semejante diversidad de opiniones. Al interior del PAN hay una corriente mayoritaria, engrosada recientemente por empresarios, que se orienta a la concertación. "El que no concierta no acierta", se dice entre ellos. La corriente minoritaria se define por sus sólidos principios y su actitud crítica y libertaria. La semejanza es notable con los cuadros directivos de la Iglesia. Una mayoría se inclina igualmente por el diálogo, por el ambiente de reconciliación y de benevolencia en la negociación con el gobierno, y hay una minoría más crítica que descubre tras la conciliación, problemas de mucho fondo para el futuro de la Evangelización. Los panistas mayoritarios son censurados por su actitud excesivamente conciliatoria cuando el Cofipe, la nueva ley sobre elecciones, porque se pudo haber dado un buen avance a la democracia. Una minoría de católicos piensa que los cambios recientes en materia legal y de relaciones diplomáticas es también una excesiva concesión y subordinación al régimen político, ante una concepción liberal del Estado que otorga bajo condición

algunos derechos -bajo un "registro que constituye y genera la personalidad jurídica"- a las iglesias en lugar de reconocer incondicionalmente los derechos de las personas y los grupos, incluidos los religiosos, como lo hacen los Estados seculares y las asociaciones internacionales. En el PAN y en la Iglesia católica hay mayorías que aceptan la subordinación al autoritarismo liberal. Hay quienes llegan a afirmar que estas dos opiniones mayoritarias formaron una alianza para negociar las políticas actuales en bien de ellas. Hay en ambos grupos una triste paradoja: una hodiernización tardía y desubicada, que será estorbo cuando se quiera afrontar el presente.

Se requiere una presencia de la Iglesia, que establezca el discernimiento moral entre el necesario crecimiento de la técnica para el desarrollo de la sociedad, y las consecuencias lesivas que se siguen de una asunción indiscriminada y absoluta del proceso de acumulación de capital. Lo cual requiere, a su vez, de una doble presencia eclesial: con la base popular, sin aceptar de parte del Gobierno ningún privilegio ni diferencia con o por encima del pueblo; y su presencia en el mundo más secular donde se piensan y toman las decisiones más trascendentes.

La descripción política del neocapitalismo remite necesariamente a una reflexión más filosófica que introduce ya al momento presente.

4. HACIA UNA RECUPERACION DEL SUJETO, SIN SACRALIZACION

De lo dicho en los apartados anteriores se sigue el imperativo de mantener el progreso de la técnica objetiva, pero subordinada a la prioridad de los sujetos, en un cambio social hacia el eje profundo de los valores.

La caída del régimen de la URSS ha permitido a lúcidos filósofos como Vaclav Havel, reivindicar con mucha fuerza todo el potencial creativo de los sujetos -la subjetividad- frente a las estructuras objetivizantes de la técnica. Así describe al comunismo: "Fue un intento, bajo la máscara de unas cuantas proposiciones de la única verdad científica, por organizar toda la vida, conforme a un singular modelo y someterla a la planeación central y al control, sin tomar en cuenta si eso era lo que deseaba o no la vida". Piensa que el fin del comunismo es una seria advertencia a toda la humanidad, sobre el capitalismo objetivizante. Es una señal de que la era de la razón arrogante y absolutista está por

clausurarse y de que ya es tiempo oportuno para sacar las conclusiones de este hecho". Lo venció la rebelión que la raza y el color, la autenticidad, las historias varias y la **individualidad** humana hicieron ante el encarcelamiento de toda la historia dentro de una ideología uniforme". No se puede encontrar un camino objetivo que saque de la crisis del objetivismo, como no se puede sacar una mano de la propia sombra. Lo que se necesita es algo diferente y más amplio que la técnica: "una actitud radicalmente nueva del hombre hacia el mundo. Tenemos que abandonar la arrogante actitud de que el mundo es simplemente un acertijo por resolver, una máquina con instrucciones de manejo en espera de ser descubierta y maniobrada, un cuerpo de información capturado en una computadora del que se espera que acierte tarde o temprano con una solución universal. El camino futuro no va por la construcción de soluciones sistémicas universales, sino por el intento de llegar al meollo de la realidad a través de la experiencia personal. Un enfoque semejante promueve la atmósfera de solidaridad tolerante, de unidad y diversidad, basada en el respeto mutuo, en el pluralismo genuino y, por encima de todo, en la confianza en la propia subjetividad como el principio que enlaza con la subjetividad del mundo."

Pero el neocapitalismo ha versado sobre el crecimiento, sin tomar en cuenta las consecuencias de los cambios tecnológicos y de modelos de vida, induciendo los conflictos de clase, la inseguridad, la inestabilidad y la crisis.

Estos fenómenos se deben a la experiencia nueva del espacio y del tiempo. En ellos ubicamos nuestra identidad. En el postmodernismo las siguientes preguntas fundamentales encuentran muy distintas respuestas: ¿quiénes somos? ¿a dónde pertenecemos? ¿cuáles son nuestras obligaciones?

El pensamiento neoliberal ha tendido a negar cualquier sistematización de la historia y a mezclar imágenes e ideas sin preocupación del criterio de coherencia; enfatiza la separación, la fragmentación, lo efímero, la diferencia y el individualismo.

Sostienen que el mundo ya no es cognoscible porque ya no hay una forma segura de establecer la verdad. Más: el apegarse a alguna versión de la verdad universal fundamenta, por su absolutismo, la base de los genocidios como en Auschwitz o en Gulag o en la guerra de Iraq. Por tanto, evitan soluciones generales, y fomentan las múltiples y

variadas formas, las alianzas, la concertación, lo heterogéneo, lo diverso, lo múltiple.

Es verdad que Marx sostuvo que cualquier tipo de producción requería el ejercicio previo de la imaginación humana. Esta, confirman los clásicos, se relaciona siempre con la movilización de los deseos, propósitos e intenciones humanas con un fin determinado. Pero en los capitalismo a la mayoría de la gente se le niega el acceso al despliegue de la creatividad humana. Los ricos y privilegiados contrarrestan la enajenación con el desarrollo de un espacio característico de cultura, como zona protegida. Luego son absorbidos en los procesos de acumulación de capital y se convierten en nuevas esferas para generar utilidades. Pero el postmodernismo produce una fractura que desata una liberación crítica que derrumban los valores dominantes, incluso los que se ligan directamente con las reglas de acumulación de capital.

La civilización occidental vive un cambio fundamental en su visión del tiempo, ha dicho lúcidamente Octavio Paz. Porque la postmodernidad sigue cayendo en la trampa del tiempo lineal. Pero la sucesión temporal ha dejado de gobernar nuestra imaginación. Por ello la filosofía y el arte se ponen de nuevo a la vanguardia. Hay que dejar atrás el pasado en nombre de algo diferente del desarrollo, pero sin romper con él.

El lugar del futuro lo empieza a ocupar el presente: sincronicidad y confluencia se juntan en el instante. El instante es una ventana hacia la eternidad. Es iluminación. Se necesitan nuevas poéticas, estéticas, éticas y políticas del nuevo tiempo y la nueva realidad.

Ahora ya no se sacrificaría el presente en aras del futuro. Ni se viviría el presente con la negación de la muerte. En ausencia de una perspectiva general de la humanidad y de una ética universal ¿sobre qué bases podríamos asegurar que una doctrina es moralmente superior a otra? Hay que resistir al relativismo moderno y a la desconstrucción de la realidad que se resuelve en la nada y en la indiferencia moral.

En el instante, la pluralidad puede reconciliarse con la unidad, y el particular puede ser lo universal. De los escombros de las grandes visiones de nuestra civilización nacerá esta nueva moralidad. La idea de que el tiempo tenga una sola dirección para toda la humanidad ha quedado destruida. Sólo hay caminos plurales, roturados en buena parte por la imaginación religiosa.

La democracia es respeto escrupuloso a las opiniones de las personas, contenido de las decisiones, proyecto definido de comunidad en amplio proceso, y no mandatos voluntaristas, con la aplicación del derecho. La democracia es la articulación de la vida social: participación, justicia y consenso. Los intereses privados han de asumir su responsabilidad social. Sólo así es posible hablar de modernización política. La democracia es la más alta expresión de socialización: se desprende de su integración natural a un cuerpo hereditario y se convierte propiamente en un individuo, se hace miembro de una sociedad de personas. Sus valores son consenso, legitimidad, gobernabilidad, no voluntad de poder, participación emancipadora, reconocimiento de la dignidad ética, jurídica, política, social, cultural y religiosa de la persona humana. Son el meollo de la vida.

La articulación institucional de la democracia atendería la competencia electoral y el resultado de las urnas y a la necesidad ética que orienta la conciencia. El Estado es factor de equilibrio social del interés general y del privado.

En los días que corren, la idea del Estado sufre "asaltos" contradictorios desde diferentes ángulos. Primero, las fuerzas de la globalización de la economía rompen el cerco estrecho de los Estados y avanzan, a un grado antes impensable, hacia la integración económica y eventualmente política de las naciones. Otro factor radica en la universalización de los medios de comunicación de masas que difunden valores, modos de vida, estilos y creencias por encima de los límites nacionales y estatales.

El Estado tiene que rechazar la tentación de suicidio, a causa de la fragmentación de la subjetividad, y prestar atención definitiva a la democracia y al respeto de un pluralismo, no que tolera o permite, sino que simplemente existe como una realidad que se le impone.

Porque el Estado es soberano, tiene la capacidad, y hasta la obligación, de sujetar su conducta a las normas del derecho internacional y a la ley interna.

El futuro Estado mexicano caerá tarde o temprano en dos grandes cuestionamientos que desbordan el horizonte de su liberalismo empedernido: el sentido real de los indígenas (los pobres entre los pobres) y de la religión. Hasta ahora el Estado no ha hecho sino

mantener, en el tenor más moderno de sus leyes, un fundamentalismo liberal incapaz de abrirse a la razón secular actual.

La Iglesia mexicana todavía no se presenta en este nuevo escenario que augura un futuro de comprensión y complementación profunda entre, por una parte, ese mundo que viene a reaccionar tan radicalmente contra el neocapitalismo desde el énfasis en la creatividad de los hombres y en la democracia profunda -no solo en sus requerimientos formales y políticos- y, por otra parte, la perspectiva evangélica que se anuncia a ese mundo. La iglesia mexicana está preocupada por estrechar filas frente a un secularismo agresivo. Pero necesita deponer su actitud combativa y hacer un "aggiornamento" a esta época que está por venir, recuperando la tendencia democrática, como profundo respeto a la libertad de los hombres. Necesita sacudirse el fundamentalismo liberal, para abrirse en el presente al mundo que viene. Ha de recuperar la rica tradición que tiene que adaptarse por el ejercicio de la razón y los valores, a ejemplo de S. Tomás de Aquino, a este presente, abierta a las culturas, al crecimiento democrático, al pueblo cristiano, y a la reivindicación de los sujetos en el ejercicio de su libertad y sus derechos. No vuelta fundamentalista al pasado, sino apertura inteligente al presente.

El fundamento en la razón se presenta ahora en un pluralismo de cosmovisiones y de sistemas éticos (no sólo de códigos normativos sino de apertura a la auténtica realización humana). El cambio ético en México ya no se puede aplazar. Hasta ahora, en este estadio incipiente de democracia, ha estado vigente una ética derivada de la tradición cristiana y, de alguna manera tutelada por la Iglesia católica.

En México se presenta una alternativa: o una ética neoconservadora donde confluyan capitalismo y religión para sostener el sistema productivo; o un creciente consenso social donde todos los grupos, -sociales, intelectuales y religiosos, principalmente- tienen una palabra que decir. El consenso social supone un camino recorrido en común, con base en la racionalidad y sensibilidad hacia lo moral que poseen todos los hombres. El papel que desempeña este consenso no es el de criterio que determine y defina la verdad moral. Porque el consenso manifiesta una moral, no la constituye. Y la manifestación en la sociedad pluralista es el camino del diálogo, la comprensión, la crítica, la fundamentación y la implementación de los valores. Es todo un proceso en el que la sociedad rehace su columna vertebral. Sirve de límite al

poder, incluso al que está legitimado políticamente, y le impide caer en el absolutismo de las leyes positivas.

Pero detrás de los desencantos ante la política hay una falta de comprensión de los cambios que se están produciendo en ella y una cierta rutina para salir de los enfoques de siempre. A esta sociedad plural, los partidos políticos apenas pueden responder con los rígidos planteamientos ideológicos de antaño.

Ante la creciente desideologización de la política en todo el mundo, aumenta la carga de un pragmatismo que puede ideologizar en la medida en que desconfía de la función de la razón y los valores, emanados de los sujetos.

¡Las nuevas tareas de la sociedad mexicana son ingentes! En tanto cambio súbito para vivir hay que reajustar constantemente el reloj al presente.